

se, es decir, conocer el mal. El conocimiento de sí mismo, la gnosis, es para él la única vía de salvación (32).

Cuando Martín posee por fin («por fin» es un decir, porque la posesión física no fue nunca su objetivo) el cuerpo de Alejandra, «la carne se le aparecía de pronto como espíritu» [135]. La pasión carnal adquiere en este caso una dimensión metafísica, hace posible la difícil—quizá imposible—comuni6n entre dos seres (33). Gracias al amor, «la tragic6mica dualidad de la criatura humana» desaparece, al menos momentáneamente (34). Claro que ya no se trata aqu6 de la dualidad del hombre de hoy, sino de la mitol6gica unidad, la perfecci6n originaria antes de que se rompiera en dos contrarios hombre y mujer, la armon6a perdida de que habla Bruno [522], y que tantas cosmogon6as postulan en un principio: el c6rculo vac6o antes del Yang-Yin, el Ouroboros, en suma la unidad primigenia de que tambi6n habla Sábato, «cuando el hombre era una integridad» (35). De qu6 modo se expresa esto en la novela es algo que tenemos que examinar antes de volver al tema nacional.

Martín no concebía m6s que dos tipos de amor antes de conocer a Alejandra: «carne sucia y pur6simo sentimiento» [135]. El asco por la carne que le obsesionaba proviene, en parte al menos, de una experiencia que tuvo a los once a6os. De la experiencia semejante que tuvo Alejandra a la misma edad hablaremos en breve. Mart6n sorprendi6 un d6a a su madre con uno de sus amantes: «Sobre el diván, el doble monstruo se agitaba con ansiedad y furia» [38]. Huye de la casa horrorizado, y cuando vuelve concibe su proyecto de viaje a la Patagonia. Hay en esto, sin duda, una alusi6n al ideal, ya que la blancura, seg6n René Gu6non, alude siempre al para6so perdido (36). Si se suma esta experiencia a que sabe, porque su madre se lo ha repetido varios veces, que es un hijo indeseado, que ella hizo «todo lo posible por abortar menos el raspaje» [24], se comprenderá que las mujeres se conviertan para 6l en «esas vírgenes puras de las leyendas o seres superficiales y fr6volos, chismosos y sucios, eg6latras y charlatanas, pérfidos y materialistas» [22]. Por eso le cuesta tanto comprender a un ser tan profundamente dual como Alejandra, «monstruo equívoco, drag6nprincesa, rosafango, ni6namurci6lago» [136].

[32] Bazán: *Gnosis...*, p. 55; Maturo: *Sábato...*, p. 59.

[33] Sábato: *El escritor...*, p. 169.

[34] Sábato: *El escritor...*, p. 157.

[35] Sábato: *El escritor...*, p. 22. Sobre las fuentes de todo esto en la obra de Sábato, véase el excelente art6culo de Doris Stephens y A. M. Vázquez-Bigi: «Lo arquet6pico en la teor6a y creaci6n novelística sabatiana», en Giacoman: *Homenaje...*, pp. 329-58.

[36] Juan Eduardo Cirlot: *Diccionario de s6mbolos*, Barcelona, Editorial Labor, 1969, página 451. Neyra habla, en el mismo sentido, de una patria reino de la armon6a y de la justicia, puesta en las aluras incontaminadas». Joaqu6n Neyra: *Ernesto Sábato*, Buenos Aires, Ministerio de Educaci6n y Cultura, Argentinos en las Letras, 1973, p. 99.

A pesar de todo esto, Martín es un ser purísimo, según Bruno [32], un ser angelical, según Alejandra [16]. El ángel domina en él sobre la bestia hasta el punto de que esta última ha desaparecido casi por completo. Pero lo que le falta a Martín, lo tiene en exceso Fernando. «Este creo que representa», dice Sábato, «mi parte peor, mi lado nocturno» (37). Es como si Martín compartiera su dualidad con Fernando, del mismo modo que Sábato ha compartido la suya con Martín y Fernando. Hay en todo esto un cierto esquematismo psicológico, pero con fines metafísicos, no de tipología social, como la novelística del siglo pasado. Además, los personajes no dejan nunca de ser carnalmente concretos y específicos. No entramos nunca en la alegoría. Ambos forman parte de una *misma* novela en la que Sábato expresa conflictos internos en términos de conflictos humanos.

Martín es un personaje capital porque su experiencia, su contacto con el Mal, no lo corrompe. Lucha, a su manera, con el dragónprincesa, y se salva. También trata de salvar a Alejandra y, en cierto sentido, lo logra, puesto que ésta, en lugar de seguir la vida depravada a que se ha entregado (ya veremos más adelante a lo que alude su prostitución), castiga a su padre y se inmola quemándose viva. Este sacrificio final suyo tiene un mayor sentido visto en tanto que culminación de su relación con Martín. Barragán, en sus pronósticos apocalípticos, profetiza que «tenemos que pasar por la sangre y el fuego», y dirigiéndose a Martín, agrega: «pero vos, pibe, vos no, porque vos tenés que salvarnos a todos» [228]. Ese genérico «todos» se refiere también, diría yo, a los lectores.

Martín demuestra que el Bien existe. Trata de convencer a Alejandra de que en el mundo hay muchas cosas lindas, «esa música, un hombre como Vania, y sobre todo vos, Alejandra» [125]. Cuando su desamparo llega a su punto más bajo, después de cumplirse las profecías de Barragán, iglesias quemadas, incendio del mirador y muerta Alejandra, Martín reta a Dios. «Si el universo tenía alguna razón de ser, si la vida humana tenía algún sentido, si Dios existía, en fin, que se presentase allí... Y si no se presentaba, se mataría [538]. Ya recordará el lector que Hortensia Paz (el nombre corresponde a lo que es) (38), una pobre mujer del pueblo, lo lleva, después de deambular borracho por las calles, a su pobrísimo alojamiento, lo cuida y lo ampara amorosamente. Dios se ha presentado, y Martín no se mata. Gracias a esta mujer, en su momento de mayor desespera-

---

(37) Sábato: *El escritor...*, p. 257.

(38) Sábato explica por qué usa nombres así en *Abaddón...*: «Soledad parecía una confirmación de esa antigua doctrina onomástica, pues su nombre correspondía a lo que era» (*Abaddón...*, p. 277).

ción, Martín encuentra hasta en un humilde perro motivo para vivir. Gracias a otro sencillo y bondadoso personaje, el camionero Bucich, Martín emprenderá, *en la última página de la novela*, su viaje a la Patagonia (39). Viaje simbólico, naturalmente, como ya dije, pero no el primero, pues ya Hernandarias fue a aquellas regiones en busca de una ciudad ideal (40).

Varios elementos vinculan a Martín y al alférez Celedonio Olmos. Hay primero la semejanza de ideales. Olmos parte hacia el Norte para salvar la cabeza de un muerto, ideal sin la menor consecuencia práctica, y Martín se va en dirección opuesta, también sin finalidad práctica. Los dos «muchachos homólogos», como los llama Sábato (41), tienen, en ese momento culminante de sus vidas, la misma edad. Celedonio Olmos aparece en la litografía que tiene Alejandra en su cuarto (Martín tiene otra, también de tono patriótico, en el suyo) y que representa los restos de la legión de Lavalle en la quebrada de Humahuaca [53]. Se establece después, al parecer, una especie de transferencia de identidad, porque Martín «recordó que una vez, en la quebrada de Humahuaca, al borde de la Garganta del Diablo, mientras contemplaba a sus pies el abismo negro, una fascinación irresistible lo empujó a saltar hacia el otro lado» [16], sin jamás haber estado allá. Las torres representan para ambos el ideal que defienden. Olmos «está luchando por defender torres, aquellas claras y activas torres de su adolescencia, aquellas palabras refulgentes que con sus grandes mayúsculas señalan las fronteras del bien y del mal, aquellas guardias orgullosas del absoluto» [527]. Martín también lucha, «como si su madrecama, pérfida y reptante, lograra salvar los grandes fosos que él desesperadamente cavaba cada día para defender su torre» [135]. Las que hay en el muro del sueño de Fernando, formando una especie de Jerusalén invertida (está en el Infierno y no en el Cielo), están naturalmente derruidas [434-37]. Todas estas correspondencias y coincidencias, de las que veremos muchas más, no son, claro está, simples casualidades sin significado. Son parte del sistema expresivo de Sábato, por decirlo así, y una manifestación de la «trama», a menudo oculta, que determina nuestra existencia. Nos invitan a estable-

---

(39) Es el final en cuanto a la lectura, pero no es el final de la historia de Martín. A la vuelta de la Patagonia éste habla con Bruno del pasado, y es esta conversación la que da lugar a la novela, pero nada sabemos de su viaje ni de su regreso. Con certero sentido de «retórica» narrativa, Sábato pone fin a esa reconstrucción para dar a la novela un desenlace relativamente feliz.

(40) Alejandra recuerda a Martín que Hernandarias «en 1550 hizo la expedición en busca de la Ciudad Encantada» (128). Se refiere a Hernando Arias de Saavedra (1550-1634), que fue a la Patagonia en 1604 (no 1550) en busca de la legendaria Ciudad Encantada de los Césares. Véase Enrique de Gandía: *La Ciudad Encantada de los Césares*, Buenos Aires, 1933.

(41) Sábato: *El escritor...*, p. 22.